

Julio 2017

La Curruja

Revista Cultural Independiente - Nº 17 - Segunda época



Viaje hacia Noceda



Marina Díez
Poeta

Aún se dibujan en las cimas de las lomas
los vestigios prerromanos,
recuerdos del amor del ser humano,
embelesado por el brillo de la riqueza.
La marcha de natura y tiempo
esboza también el paisaje digno de fotografía
con sus cárcavas en la tierra.
Un miliario romano confirma
la correcta ruta de mi viaje
a su paso por San Justo.
Llego a destino
viendo como la tierra llora hermosa
el trabajo del minero en sus entrañas
creando este paraje mágico
en pleno corazón del Bierzo:
la Laguna del Ratón.



Índice

Marina Díez	
Viaje hacia Noceda	2
Rubén Cabezas Álvarez	
La vida a veces puede ser muy cruel	4
Dori García Rodríguez	
Pur ende arriba	9
María José Montero Núñez	
Noceda en el recuerdo	13
Manuel Cuenya	
Entrevista a Virginia Marqués	19
José Antonio González Rodríguez	
Orgullo y pena	24
Valentín Carrera	
¿Por qué no arden los montes de Suiza y sí los del Bierzo?	28
Javier Arias Nogaledo	
Fútbol femenino en Noceda del Bierzo	31
Raquel Lanseros	
2059	34

La vida a veces puede ser muy cruel

Rubén Cabezas Álvarez

En este país, desgraciadamente, hay millones de ejemplos en lo que sucedió antes, durante y después de la Guerra Civil, que enfrentó a hermanos, vecinos y compatriotas, tornándose en infinitas ocasiones excesivamente despiadadas. No es mi interés entrar en polémicas, no nos engañemos, había personas malas y buenas en ambos bandos.

A pesar de ello, lo que no podemos permitir, bajo ningún concepto, es continuar ensuciando la memoria y tergiversando la verdad.

Este artículo va dedicado especialmente a la memoria de mi bisabuelo, a quién, en su momento, el odio más amargo le arrebató el fruto de su esfuerzo y que en la actualidad se le ha intentado desposeer además de sus méritos. También se lo quiero dedicar a todas aquellas víctimas de la sinrazón del odio: las olvidadas y las no olvidadas, porque nadie merece sufrir esa violencia.

En esta revista, en el número 14 de

la segunda época, publicada en febrero de 2016 apareció publicado un artículo titulado *Don Manuel, el médico de Noceda*. En la página 28 cuenta que Marcelino “fue el hombre que montó el aserradero, la fábrica de luz, el molino...”.

Ya que en su momento la injusticia se cebó con el verdadero artífice de estos logros, me veo en la obligación de devolver el reconocimiento a quien realmente fue capaz de dar forma a ese proyecto.

Esta es la historia de cómo el proyecto, que emprendió mi bisabuelo, cambió de manos, porque el aparato fascista utilizó falacias como herramienta para traspasar sus posesiones a los afines al “Movimiento” y, por si eso fuese poco, lo recluyó en una prisión, a su mujer la encerraron en un campo de concentración en Fuentesauco (Zamora) y enviaron a sus hijos a picar carbón en el penal de Fabero. Curioso destino para una familia que aportó tanta lucidez a este Valle.

Mi bisabuelo se llamaba **Carlos Cabezas Travieso**, nacido en Noceda en el año 1881, casado con Carolina Arias Álvarez. De este matrimonio nacieron Isidro, José, Manuel, Luisa, Fe, Antonino y Julián.

Quienes conozcan Noceda sabrán de la existencia de la **calle Isidro Arias**, dedicada a su cuñado (hermano de su esposa). Es bien sabido que el Abad Don Isidro fue uno de los principales valedores de Noceda (por ello se le dedicó esa calle) ya que favoreció, entre otras cosas, que se dotara a Noceda de una infraestructura cuya envergadura sería la envidia la zona, una carretera que daría un excelente servicio. Era pues una humilde familia con nobles ambiciones y comprometida con la tierra que les vio nacer, comprometidos con Noceda.

Sólo el ingenio de una brillante persona podría dar curso a un próspero proyecto. La mente de un erudito de aquella época, que utilizó las características del valle del Noceda (principalmente el flujo natural del agua) y la orografía de la finca **La Costrolla**, donde se unen los cauces que nutren al río de Noceda, emprendió un gran sueño.

Mi bisabuelo pudo ser testigo de esas variables y las empleó para dar impulso a uno de los más emprendedores proyectos que se han podido llevar a cabo en el valle de Noceda, lograr generar energía eléctrica teniendo en cuenta la pendiente y el caudal del agua, desde las cuales se podría obtener la energía potencial necesaria para mover una eficaz turbina que transmitiría su empuje a un generador.



Teniendo en cuenta que el agua es un bien de dominio público, y para poder disponer de ello, solicitó a la administración pública una concesión que le permitió explotar el dominio público hidráulico.

Se realizó una presa hidráulica que derivaría el caudal de agua necesario a un canal, este canal discurriría desde la finca de *La Costrolla* hasta la altura donde se ubicaba la fábrica en *El Mou-ro*, lugar donde estaba la turbina que movía el generador eléctrico.

La fábrica de luz estaba compuesta por la propia turbina y un generador eléctrico que alimentaba de energía a un molino eléctrico y un *aserradero*. El generador producía igualmente excedente de energía que se comercializaba en el pueblo de Noceda. El eficiente molino, que era la alternativa de los antiguos molinos hidráulicos ubicados en la ribera del río Noceda, podía moler en cuestión de poco tiempo gran cantidad de harina, harina de trigo producida en los campos del cultivo del valle.

En aquel entonces, el motor económico, o al menos en la mayor parte, era la agricultura y ganadería de subsistencia, mucha gente vivía de lo que cultivaba y criaba, de esto fue consciente mi bisabuelo.

La situación económica no era la más propicia y se precisaba de industrializar los procesos productivos para mejorar su productividad y procurar un mayor crecimiento económico, esa industria daría un pequeño empujón a esas circunstancias.

Aunque no se conoce con exactitud, parece ser que la fundación y puesta en funcionamiento de la fábrica de luz podría corresponderse con el final de la primera década del siglo XX. La coyuntura política de aquel entonces se ubicaría en la *Restauración*, época de caciques en sintonía con la dictadura de Miguel Primo de Rivera. Era tiempo de gran inestabilidad. Posteriormente el rey abdicaría y nacería la Segunda República Española, entonces se produciría una revolución a nivel económico, cultural y político, todo ello acompañado de grandes tensiones, desde sector más reaccionario hasta el anarquismo, gala de ello fue que, durante el gobierno conservador del catalán Alejandro Lerroux, más concretamente en octubre 1934, se produjo un movimiento revolucionario en nuestro país por el desacuerdo con el gobierno conservador que muchos historiadores consideran el prelude de la Guerra Civil, ya que estos sucesos aumentaron los odios y la polarización a dos bandas



Foto Valle de Noceda

de la política española entre revolucionarios y conservadores.

Avatares políticos que degeneraron en un golpe de estado que no prosperó pero desembocó en la Guerra Civil española. Éste era el panorama político, donde la Guerra Civil y el odio dieron origen a una cantidad de crímenes que hoy serían considerados como los más horribles, muchos de ellos tendrían elementos que podrían ser juzgados por la Corte Penal Internacional, crímenes que nuestro actual ordenamiento jurídico no permitiría que prescribiesen.

Una gran represión, donde el Régimen que se estableció tipificaba como delito el haber sido militante de un

partido político, el haber estado afiliado a un sindicato, el haber participado en la vida política de cualquier forma, hechos que en la actualidad no se permitirían, ¿no se puede promulgar una ley que contenga infracciones penales o administrativas con efectos retroactivos?

De este modo, la coyuntura política y el gobierno establecido por los golpistas dio lugar a que pistoleros y fascistas, que desempeñarían ejercicio de cargos públicos como Jefatura local-Noceda del Bierzo *Falange española de las Jons*, disponían de cuanto querían a su antojo. Desconozco las razones reales que motivaron a estas personas, me imagino que tendrían que ver

con la envidia y la codicia, el ir contra mi bisabuelo, ya que las que emplearon en su momento son de dudosa credibilidad, por no decir estúpidas, y así el día 25 de marzo de 1938 mi bisabuelo fue juzgado en Ponferrada ante la AUDIENCIA DE GUERRA DE LEÓN, causa 455/1938, por un delito de “Auxilio a la Rebelión”; según la sentencia, que cito a continuación: “...*antecedentes penales por haber sido procesado por tenencia ilícita, muy izquierdista, afiliado al partido comunista, que intervino ya en los sucesos de octubre del año 34. Al estallar el Movimiento practicó registros, requisó armas, detuvo a personas de orden y decía que iba a quemar la Iglesia de Noceda, sirviendo luego su casa a los revolucionarios que se veían entrar y salir en ella armados y para albergarse. Niega estos cargos el inculpado y los testigos de descargo*”.

En la misma sentencia indica donde fue detenido:

“El 12 de octubre se marchó con su hijo aquí procesado y con otros que habían desaparecido hacia Villablino, donde vivían antes sus hijos y a la casa en que estos se hospedaban, donde fueron detenidos”.

Sorprende que los cobardes caciques del pueblo aprovecharan que saliera hacia Villablino para no enfren-

tarse con él, cara a cara. Igualmente dicha sentencia resuelve: “*que debemos condenar y condenamos a los procesados CARLOS CABEZAS TRAVIESO y JOSE CABEZAS ARIAS como autores responsables de un delito de AUXILIO A LA REBELION sin circunstancias modificativas de su responsabilidad criminal a la pena de CATORCE AÑOS Y OCHOS MESES Y UN DIA DE RECLUSIÓN TEMPORAL, accesoria correspondiente y abono del tiempo pasado en prisión preventiva. De conformidad con el D. L. citado se reservan a los perjudicados las acciones civiles que puedan corresponderles para que las ejerciten en forma legal y remítase testimonio de la Sentencia a la Comisión de Incautación de Bienes por el Estado*”.

Y así es cómo pasaron de unas manos a otras los bienes de mis familiares y de tantos otros, sólo por pensar diferente, por envidias, rencillas que, en estos y otros lares, se daban al no pertenecer o comulgar con el Régimen establecido. Y otros que no sólo se apropiaron de esos bienes, sino también de su ingenio.



Pur ende arriba

Dori García Rodríguez

Mis recuerdos suelen volar por esa Sierra de Gistredo que nos abraza, esas montañas protectoras, naturaleza generosa. Y, dicho sea de paso, quiero mostrar mi alegría porque, gracias a Dios, o a quien sea menester, ya no es tan frecuente verlas arder y teñirse de negro. Hubo un tiempo en que era muy habitual que las llamas se llevasen por delante algo tan bello, tan valioso, como nuestra naturaleza sagrada.

La excursión veraniega por excelencia era hacer una subida (o dos) a la sierra, ya fuese a Gistredo (La Caseta, como solíamos decir) o hasta Beneiro (Veneiro), L'Agualta, La Silva, Parda-



Casa en Pardamaza

maza, Urdiales. Por aquel entonces eso de ir a la playa o viajar al extranjero era poco menos que imposible.

El caso era *d'ir pur ende arriba*. Ni *m'alcuerdo* del año, pero sí de mi primer contacto con ella. Subimos hasta la *Fuente'l Rubio*.

Vivíamos, todavía, en casa de mi abuelo Teresín. Quizás se organizó porque había venido de visita un cura del colegio donde estudiaban mis hermanos mayores. El caso es que se preparó la merienda y *p'allá* que fuimos. Éramos una buena recua (los de Rufino, Josefa, unos tíos nuestros, el cura y nosotros).

Con el apoyo logístico de las burras, cargando los serones o angarillas (eso ya no lo puedo precisar...), con la merienda y unos garrafones “*p'a llenarlos d'augua*, con algún tarro o lata *p'apañar* arándanos, que *entonces* había a *asgalla*”, y seguro que fue en lo que nos entretuvimos los rapaces...

“¡Mira tú el demoi!” que fui a situar un lugar al que nos enviaban, sin

dudar, si armábamos jaleo, con “¡D’ir a berrar a la cuadra lus lloubus!”

Mi padre relataba sus andanzas por la sierra, era un gran conocedor de ella desde Páramo a La Omaña, dando cuenta de sus aventuras, de lugares y de alguna de sus plantas más características como la *gistra* o *xistra*, la *jancia-na* (genciana) o el tabaco de montaña (árnica), que en su época lo fumaban.



Madre y sobrino de la autora. Foto Dori García

Mi madre nos contaba hasta dónde tenían que subir, cuando eran rapaces, a cargar “tuérganos p’atizar la lumbre” y hasta dónde, en sus tiempos, se aprovechaba para “sembrar el pan”.

Debió de ser ahí la primera vez que escuché a los mayores (quizás ajenos a que los oídos de los guajes están a todo), hablar sobre las tragedias ocurridas, cuando la guerra, en las peñas de Beneiro.

Intuyo que esa primera experiencia pudo ser el germen para comenzar a verla, no sólo como una montaña llena

de árboles de la que surge el río que nos alimenta, más bien a sentirla como parte de la historia de cada uno de nosotros, comenzar a sentir su alma.

“Ya de moza”, siempre que tenía oportunidad, me apuntaba (aunque fuese la única chica) a subir a la sierra; porque antes era eso, subir a la sierra, no hacer *trekking*, como dicen ahora. Tampoco subíamos uniformados, ni con bastones, cual senderistas modernos, algún palo o una *iguiada* eran de sobra. Cada uno con lo más viejo que tenía “p’a n’ostrozar” la ropa de diario. Con unas botas de *rajina*, las de la mili, *alparagatas*, e incluso alguno en zapatillas...

¿Y la merienda? ¡Cómo sabía cualquier cosa por ende arriba! Hasta el vino nocedense mejoraba su *bouquet*. Allí todo era de todos; se compartían viandas y bebidas, era todo un placer. Aún recuerdo las caras de sorpresa y la guasa con aquellos melones ¡sí, sí, melones! Pero nunca un melón ha sabido mejor...

Era un clásico también, intentando atajar, subir por algún cortafuegos, echando la *prevañuela*, para intentar llegar antes que los que subían por el camino; como lo era en las bajadas poner algo “debajo’l culo” y resbalar cortafuegos abajo. ¡¡Ahí, sí que acortába-

mos!! Como dirían antes y, con razón, haciendo el cabra.

En una de las subidas a Pardamaza, siguiendo a nuestros guías, se planteó atajar trazando monte a través “¡ay, madre!, p’habernos matao”, pero ni una lesión, salvo algunos arañazos y moratones. La única incidencia fue que alguna se meó de la risa (que dado el berenjenal en que nos vimos fue *p’a mearse*) por los culetazos que nos dimos y viendo a los chicos, cual exploradores, entre ellos mi hermano *Chalton*, intentando abrir paso entre tanta vegetación.

En otra ocasión el destino fue Urdiales y el Campo la Janciana; fuimos una gran *refanaria*. Llegados al pico de la sierra intentamos seguir el sendero por el que antaño bajaban los urdialeses, pero se había cegado y se nos planteó una encrucijada; unos decían que “pur aquí, outros que pur illí”... No dudé, yo me quedé con la opción que decía mi hermano Domingo, ¡por supuesto! Y por si acaso...

Con nuestras risas y juegos (más bien trastadas...) rompimos el silencio habitual que reinaba en el pueblo. Compartimos aquellas calles con las vacas que campaban a sus anchas, ellas se asustaron de nosotros y también nos dieron alguno.



Era preceptivo “amorrar n’el río, echar unas mostadas d’augua n’el morro y meter las pías p’a enfrescarlos”. Hubo que esforzarse p’aguantar tanta frescura.

Era inevitable preguntarse: ¿Cómo habría sido la vida en aquel lugar tan aislado? A la vuelta, dimos con el Campo la Janciana, recuerdo lo fácil que se podía coger, pues nacía sobre una capa de mantillo y musgo. Por cierto, aún conservo un trocito de raíz...

También recuerdo las temporadas de plantación de pinos (mi segundo sueldo, después del que ganamos mi hermana Geli y yo cogiendo lúpulo en León, a la vez que nos divertíamos).

Con los capataces, Cin, Pepe (D.E.P.) y el chófer de Astorga, que un día nos trajo hojaldres recién hechos, ¡inolvidables!, y una ilusionada cuadrilla, trabajábamos bien, y quizá por ello, un día nos permitieron hacer una especie de fiesta, que convertimos en



Padre y sobrino de la autora. Foto Dorí García

un banquete en toda regla. *Alredor* de un gigante brasero de *tuérganos* degustamos cada una de las viandas, hasta hubo postre, café y licores. ¡Por cierto! ¿Dónde habrá “quedao el chaqueto” de Susy? “Péime a mí que s’esturó n’aquel brasero”.

Uno de las últimas subidas, con mi hermano Miguel Ángel y mi primo Chente, fue intentar llegar a la cascada por el cauce del río. A la cascada llega-

mos pero al final nos tuvimos que salir del cauce si no queríamos quedar allí *enrataos* entre peñas, troncos, musgo, zarzas, piornos y demás vegetación.

Con especial cariño recuerdo una excursión con mis padres y mi sobrino Luis Miguel a Praolascasas (vale, que no es Gistredo), pero cualquier lugar por el que camines por Noceda es para deleitarse y, si además la experiencia te hace feliz, ¿qué más se puede pedir?

Fueron muchas las veces que subí, pero como resumen las dejo en éstas. En todas disfruté como una enana y, como se solía decir, “lo levado, levado va”.

He relatado los recuerdos. Relatar las emociones sería mucho más difícil: “YO PREFIÓRALAS SENTIR”. ¡GRACIAS, GISTREDO! ◆



Foto Dorí García

Noceda en el recuerdo

María José Montero Núñez.

Poeta y narradora

Me pide mi buen amigo, el polifacético Manuel Cuenya, una colaboración para la revista que dirige, *La Curruja*, junto con el Colectivo Cultural La Iguiada. Curiosamente ese día no estoy yo demasiado despejada por problemas de salud que no vienen al caso, y se lo hago saber. No obstante, y pese a no comprometerme, no me olvido del tema y me dispongo a contar cómo descubrí que Noceda del Bierzo era un lugar con una historia y un enclave privilegiado que merecía ser disfrutado in situ.

Si bien es cierto que conocía la existencia de un pueblo llamado Noceda, no es menos verdad que no había despertado en mi persona (que apenas llevaba unos años residiendo en el Bierzo) ninguna emoción o curiosidad por conocerlo. Obviamente, por aquellas fechas, una tenía otras prioridades y responsabilidades que se centraban básicamente en sacar adelante a los hijos y cuidar de la familia, pese a que

esas tareas me vinieran, en ocasiones, grandes debido a la juventud e inexperiencia. El poco tiempo libre que me quedaba lo invertía en seguir adquiriendo conocimientos, en escribir y en conocer el mundo literario del Bierzo.

Fue en un acto literario donde conocí a la escritora, poeta y maestra retirada Felisa Rodríguez, natural y residente en Noceda, con la que inmediatamente congenié, a pesar de la diferencia de edad que nos separaba. Felisa me hablaba de su pueblo con tanta pasión y amor que me transmitió de inmediato las ansias de conocerlo. Por ella supe de la existencia del Ídolo de Noceda, que ella misma descubriría con asombro en un domicilio particular y que, afirmaba, correspondía a la Edad de Bronce. Me describió la *ruta de las fuentes* con tanto entusiasmo que, unos años después, acompañada de mi marido, la recorrimos entera y, en efecto, el esfuerzo mereció sobradamente la pena. El paisaje, con sus

árboles, sus fuentes, las cascadas y el río hicieron que bajara con gusto: sujetándome a una cuerda y, literalmente, con el culo arrastro en lo que para mí fue el tramo más costoso. Recuerdo ese día con especial cariño, no sólo por el espectáculo del paisaje sino porque había realizado un compromiso que había adquirido con mi amiga.



Felisa

Iniciamos la aventura por la mañana desde el camping Chano, que todavía no estaba concluida su construcción, al menos esa sensación me dio.

Íbamos con la mochila al hombro y el bastón en la mano como auténticos montañeros. El camino estaba

muy bien señalado y no mostraba demasiada dificultad para unos jóvenes e intrépidos caminantes. Cinco fuentes esperaban nuestra visita; la de Juan Álvarez fue la primera que nos regaló su agua. Allí bebimos el primer trago, nos empapamos de vida y nos rellenamos de agua y energía. Seguimos caminando con la compañía del trino de los pájaros que, de vez en cuando, parecían señalar que aquel majestuoso territorio les pertenecía, pero que recibían gustosos nuestra visita por unas horas.

Nuestros pasos iban a llevarnos hasta la Fuente del Azufre, donde hay robles bajos acariciando con sus ramas la piel del entorno y el gozo de la pupila; un tapiz de musgo adornado de helechos nos observaban desde su paraíso. Ahí me refresqué las manos y dejé que el agua resbalara por mi rostro aunque no la bebí. Vengo de un lugar rico en aguas sulfurosas de cuyas propiedades gozo, pero me resulta imposible beber (seguramente se deba a que lo hice de niña, en Carballino, y todavía llevo impregnado en los poros del cerebro el olor a huevos podridos y a aquel extraño sabor a sal).

Descansamos un rato mientras nos empapábamos de tanta gracia natural, a la vez que observaba una especie de lengua roja que se ha ido formando



por las propiedades del agua y el terreno, que se me antoja una lágrima de sangre de la madre tierra, tal vez un tibio quejido de denuncia ante el ultraje a que es sometida por el ser humano...

Recuerdo que volvimos sobre nuestros pasos y seguimos ascendiendo hasta encontrar la tercera de las fuentes: La de la Salud, o “manantial de la Doncella”, como así la apodara Manuel Cuenya.

Respiré hondo, cerré los ojos y pedí un deseo. Suelo hacer este ritual en lugares que me dejan huella, no por credulidad sino por humildad y agradecimiento a la generosidad de la naturaleza, a la grandeza de los pequeños momentos que tanta paz interior me proporcionan.

En este manantial de la Doncella sí que bebí un pequeño trago, pero no me acostumbré al sabor y preferí volver a refrescarme plácidamente. Yo, como la doncella, elijo lo que quiero hacer, siempre que puedo. Y, esta vez, pude elegir.

Cual peregrinos de un día seguimos avanzando con los ojos bien abiertos, para no perder detalle, hasta la Catarata de La Gualta, el agua, como un abanico, nos brindó su frescura cristalina. Yo, más que mi compañero, empecé a notar los primeros síntomas de la fatiga, por lo que decidimos descansar un poco y tomar un tentempié antes de continuar con nuestra particular aventura. Este lugar sabe a mies de dioses y a pasión humana, es perfecto para relajarse y reponer fuerzas. Desde el mirador del Enjuto observamos la majestuosa silueta de los montes Aquilianos, se diría que vigilan el día a día de Noceda y sus anexos, allí abajo se aparece el pueblo, en un enclave natural y privilegiado, tanto que nada tiene que envidiar su belleza a otros pueblos de los Alpes o de los Pirineos, mismamente. Descendimos. Lo hicimos con calma y alegres al mismo tiempo. Recuerdo un tramo que me produjo cierto respeto, pero lo bajé arrastrándome y bien sujeta a una cuerda... En la fuente del Ca-

nalijo bebí un buen trago y volví a refrescarme recuperándome del esfuerzo.

El coche nos aguardaba en el camping. Antes de subir le había asegurado a mi marido: “Volveremos a repetir la experiencia en otra ocasión”. Él, más previsor y experimentado en rutas, me respondió: “Ni idea, hay tantos sitios que ver...”. Y, en efecto, como otros tantos lugares a los que dije que volvería, no pudo ser. No obstante, me encargué de contar la hermosura de la ruta y, gracias a ello, varios amigos han ido a conocer *Las Fuentes de Noceda* y volvieron maravillados de tanta belleza.

Años más tarde hice una nueva ruta por la magistral sierra de Gistredo. Coronar la cima del Catoute supuso para mí mucho más que una hazaña. Fueron siete largas horas de camino.

Partimos desde Colinas del Campo de Martín Moro Toledano (como anécdota diré que me pareció más largo el nombre que el propio pueblo) sin descansar más de lo imprescindible. Recuerdo que durante el trayecto pensé en más de una ocasión que no podría alcanzar el objetivo porque la cumbre parecía alejarse más y más a medida que avanzábamos. Me equivoqué, afortunadamente, y aunque la parte final la subí gateando (ya que las piedras estaban sueltas y por cada paso

que subía, descendía tres) llegué a la cima. No encuentro las palabras adecuadas para describir mi estado emocional en ese instante. Sé que desde allí arriba podía divisar un universo de montañas, que el Bierzo era un tapiz multicolor, que nunca había contemplado en ningún museo un cuadro de tan grandiosa belleza y dimensión. ¡Qué pequeña me sentí ante aquel espectáculo natural! ¿Cómo podría haber seres humanos que destruyeran el útero de nuestra existencia? Preguntas, exclamaciones, lágrimas de emoción ante tal espectáculo. ... Todo esto y más sentí en la cima del Catoute, yo, insignificante y más diminuta que una hormiga, tenía un paraíso ante mis ojos y bajo mis pies.

Dejé constancia de esta aventura en un cuaderno, que había en una especie de buzón que allí habían puesto los amigos del Catoute. Firmada y rubricada la experiencia, iniciamos el



Catoute

camino de vuelta. En Colinas, en un pequeño bar, tomamos un refrigerio, charlamos con la gente y volvimos a casa más felices que unos niños con zapatos nuevos...

El destino literario quiso que muchos años después conociera a otro amigo de Noceda, tan amante de su pueblo como Felisa.

Sabía de su existencia, pero nunca había coincidido en persona con Manuel Cuenya. Sucedió en Los Barrios, en un Acto poético musical de VOZ, MÚSICA Y ESPACIO. Hablamos, cambiamos impresiones y confieso que de inmediato sentí empatía por este joven escritor tan polifacético y que tanto me recordaba a mi persona en el dinamismo cultural. Volvimos a vernos en la Rúa (Ourense), en el encuentro anual de poetas del Instituto de Estudios Valdeorreses, cuya organización cae sobre los hombros de Mari Carmen Gago. Seguimos coincidiendo en la Feria del libro en Ponferrada, luego en Villadepalos, con nuestra común amiga Álida Ares. Este fue un encuentro muy breve porque justo me iba de viaje en ese momento. Luego vino la entrevista que me propuso hacer para su *Fragua* y -pese a que no considero que mi trayectoria literaria, política, social y cultural sea significativa, acep-

té su propuesta-. ¿Quién soy y qué hay escrito en el libro de mi vida? Pues, soy una mujer muy de andar por casa, una gallega de nacimiento y berciana de adopción que intenta aportar un grano de arena para que el mundo sea un poco mejor. Que ama el Bierzo tanto como a Galicia, y a Villadepalos, donde he formado una familia y llevo residiendo cuarenta años. Soy aprendiz de poeta y narradora, autora de cuatro libros de poesía y uno de relatos en gallego, incluida en más de una treintena de Antologías, con varios premios en su haber. Una mujer comprometida social y culturalmente, que ha estado dirigiendo y colaborando con Asociaciones y ONGES, que ha dirigido teatro durante diez años, que ha coordinado la redacción de la revista *Vagalume*, y que incluso se ha atrevido a actuar en un cortometraje... Digamos que, como resumen de mí misma, ya me he ampliado demasiado...

A Noceda volví el pasado verano para participar en el encuentro poético que Manolo lleva organizando desde los últimos siete años en el mes de agosto. Fue una tarde entrañable en la que la poesía, la historia, el teatro y la narrativa se fundieron en un abrazo mágico que inundó de arte y compañerismo el local de las antiguas escuelas del barrio de



VII Encuentro Literario en Noceda, la segunda por la derecha es María José Montero

Vega de Noceda, actualmente reformado para este tipo de eventos culturales. Incluso la cena fue poesía artesanal. Y muy grata y familiar la compañía. Para mí, que he puesto en marcha durante veinte años una considerable suma de Actos y Proyectos Culturales, amén de colaborar en otra buena cantidad, es un infinito placer descubrir a personas que están en esta misma sintonía porque sabes con absoluta certeza que el testigo queda en buenas manos. Mientras esto ocurra hay esperanza.

En el Museo de la Radio, en Ponferrada, acompañé a Manolo junto con otros buenos amigos en su presentación del libro *Mapas afectivos*, y con él me recreé -como este intrépido viajero- de

las bellezas del mundo que describe. Hablamos con frecuencia, gracias a la vía de Internet, y tengo que decir que siempre está en los momentos precisos, lo digo porque es de justicia, ya que -quiénes me conocen- saben que no soy persona de peloteo. Más bien, todo lo contrario. Pero ¡soy clara y concisa! Por lo que afirmo que Noceda tiene que sentirse orgullosa de contar con embajadores de la talla de Felisa y de Manolo, del mismo modo que yo agradezco a la vida que me haya dado el privilegio de cruzarme con ellos en el trayecto de los días que me han tocado en suerte.

** El 11 de agosto tendrá lugar el VIII Encuentro Literario en las antiguas escuelas del Barrio de Vega. ◆*

Entrevista a Virginia Marqués

Manuel Cuenya



Foto: Virgi Marqués

Virginia Marqués, Virgi, es una de las muchas nocedenses, vecina de La Calzada del barrio de Vega, que emigrara a Suiza, ese país modélico que nos sigue sorprendiendo, aún hoy, a quienes en alguna ocasión hemos podido visitarlo. Al conversar con mi paisana no puedo dejar de pensar en esa magistral película titulada 'Un franco, 14 pesetas', que refleja, como ninguna otra, aquella

época de emigración a este bello país de lagos y montañas, que su director, Carlos Iglesias, viviera en carnes propias. ¿Quién, en Noceda, no tiene algún familiar que no emigrara en algún momento a este paraíso fiscal, en el que por cierto viven tan ricamente, eso suponemos, la hija del Emérito Rey con su 'sacro-santísimo' esposo?

Pues bien, Virgi, con quien comparto memoria, incluso memoria afectiva, decidió irse a trabajar a este país, a comienzos de los ochenta, en busca de un futuro que en nuestro país no encontraba, y es que España, que en esa época aún estaba haciendo la Transición (en el 81 casi vuelven a meternos en vereda, o sea, un golpazo incivil), no daba para tanta 'chamba', como han querido vendernos. Si es que siempre estamos en crisis.

Guardo buenos recuerdos, siendo ella una adolescente y uno un rapacín en Noceda. Y aunque casi no nos vemos (ni siquiera ahora, que vive en Galicia) tengo la impresión de que nos une la amistad.

A su padre Antonio lo recuerdo como un hombre realmente bueno. Era amigo de mi padre. Ahora comprendo mejor que nunca por qué, aunque casi no nos veamos, sentimos ese aprecio recíproco. Nuestros padres, que a buen seguro estarán jugando a las cartas en algún espacio del firmamento, nos están iluminando con sus sonrisas angelicales. Qué buena gente eran, amiga Virgi. Y qué bueno habernos reencontrado ahora a través de las palabras.

¿En qué año te fuiste a Suiza y cuantos viviste allí?

Me fui en el 82 y retorné en el 2004, así que estuve 22 años en Suiza; empecé con el permiso (A), era un permiso de 9 meses de permanencia, del 1 de septiembre hasta finales de mayo exactamente; tenía los tres mejores meses del año para pasar vacaciones, ¡os podéis imaginar! Cogía junio, julio y agosto, así durante cuatro años, para disfrutar de todas las fiestas del pueblín, de la familia y los amigos; lo peor de todo era que andabas con esa maleta que pesaba un mundo porque llevabas tus pertenencias a cuestas al no saber si volverían a renovarme el contrato. Trabajé durante 7 años en una compañía de restaurantes y hoteles hasta el 89. Y en el 90 empecé en correos hasta el 2004.



¿Por qué decidiste ir a Suiza y en que ciudad, en que sitio viviste?

Imagino que tomé como referencia a mis hermanos, todos estuvieron en Suiza, menos mi hermana Adela, que estuvo siempre en Alemania, tengo que decir que por aquel entonces la única opción que había en España para las mujeres era ir a servir, mujeres sin estudios superiores, claro, por eso yo me fui al extranjero, digamos que las principales causas fueron la economía e independencia.

La ciudad donde viví era Zurich.

¿Cómo fue la adaptación a este país, fue difícil? ¿Sentiste morriña de España, del Bierzo, de Noceda, cuando vivías en Suiza?

Los inicios fueron duros, más que nada por el idioma y por ser una persona joven, que allí no tenía amigos de mi edad, y quieras que no fue un cambio radical, el hecho de vivir en un pueblo para irme a una ciudad de 380.000 habitantes, más o menos; aún me acuerdo del primer día de trabajo cuando vivía en las afueras y tenía que cambiar de tranvía, de la preocupación que sentía, sobre todo de llegar tarde o de despistarme, o de yo que sé qué, aunque llevaba los nombres de las paradas escritas; o cuando en el trabajo tuve un dolor de muerte de riñones y no decía nada por la preocupación a que no me enviasen el contrato nuevamente, madre mía, hasta que mi jefa se dio cuenta de que yo no estaba bien, total que entre pitos y flautas cuando llegué al hospital ya era peritonitis. Me acuerdo que había una gobernanta que hablaba italiano, y también había un español que ya llevaba muchos años allí; el director no podía vernos hablar



Foto: Virgi Marqués

ni italiano ni español, decía que así no aprendiéramos nunca alemán, claro que tenía razón, su lema era que teníamos que escuchar siempre.

Morriña de Noceda, claro, sobre todo cuando me hicieron fija, esto es indefinida, eso significaba un mes de vacaciones, un mes, ya veis, pasaba volando,

pero tenía la satisfacción de tener un trabajo que me hacía sentir bien conmigo misma y realizada como persona.

¿Durante el tiempo que viviste allí, pudiste recorrer y conocer el país, ya fuera por razones de trabajo o bien por pura inquietud?

Aparte de sitios turísticos, como es la Abadía de Einsiedeln, o las cascadas del cantón Schaffhausen, al ladito está un pueblo precioso que se llama Stein am Rhein, donde hay una calle que tiene las típicas casas suizas que parecen de chocolate. Estuve en todas las ciudades. Berna, la capital, fui a conocerla cuando fue Dori a visitarme a Zurich en el 87, por aquel entonces también estaba Asun allí, así que fuimos las tres. Por cierto que de aquella pasar embutidos en la aduana era prácticamente una proeza, pero ella consiguió burlar-



Stein am Rhein

les, no sé cómo pero pasó un trocito de jamón y unos choricines que le dio mi madre, uf, sabían a gloria.

Que aspectos destacarías de Suiza, qué es lo que más te sorprendió que te atrajo? ¿Qué te gustaría cambiar de este país, si pudieras?

La cultura por hablarse cuatro idiomas y lindar con los países correspondientes, las pistas fantásticas de esquí, los relojes, el chocolate...

No sé si fue lo que más me sorprendió, pero que el director en correos, donde yo trabajé, me hablase en español, eso sí me sorprendió, también cómo cuidan y respetan el medio ambiente y sobre todo el respeto hacia el prójimo y la puntualidad, que es como una religión.

Zurich es una ciudad muy maneja-

ble con muchas zonas verdes, aunque sea en el centro.

Cambiar, cambiar nada, pero sí que les inyectaría un poco de alegría española, sí, quizás sean muy serios.

¿Qué definición te atreverías a dar a Suiza?

Un país muy organizado, respetuoso, limpio, multirracial y disciplinado.

¿Qué significa para ti Noceda del Bierzo? ¿Cómo veías tu pueblo cuando vivías en el extranjero, y cómo lo ves ahora que vives en Galicia?

Significa el sitio donde nació y donde me crié hasta los 19, que fue cuando emigré; tuve una infancia muy feliz, de eso se encargaron mis padres, también de educarme e inculcarme ciertos valores. Creo que ahora, con la edad que tengo, se aprecian más estas cosas y me acuerdo más pues de mi madre, hermanos, del pueblo, de la gente, de cuando éramos pequeños, cómo nos divertíamos en la plaza de San Isidro jugando al Pío Campo, Tres Hojitas en la mar, el calderón... y junto a mi casa, con mi madre y Teresa, dándole a la comba. Estos momentos me vienen infinitamente de veces a la cabeza los recuerdos que me transportan siempre a esa edad en la cual no había preocupaciones ni problemas. De la vendimia, el embutido que tenemos, que es incom-

parable, el magosto; en casa siempre se jugaba a las *cirinainas* abre el puño y dalas ¿sobre cuántas? Para mí siempre será mi pueblo, el pueblín, donde me he sentido y me sentiré siempre orgullosa de ser Noceda de Bierzo, que a fin de cuentas son mis raíces.

¿Qué te gustaría resaltar de Galicia? ¿Te parece que es tierra hermana del Bierzo? ¿Cómo te sientes en miña terra galega?

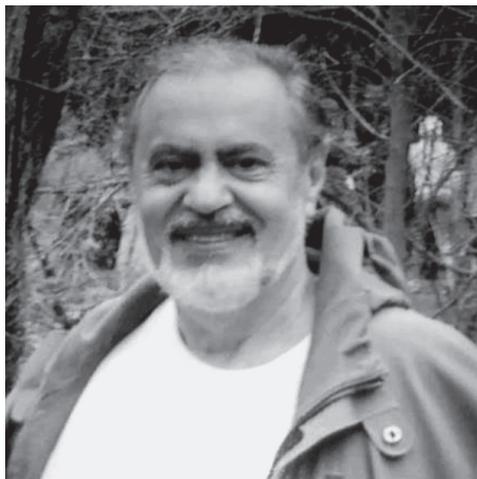
El paisaje, la cultura y el marisco, bueno, la gastronomía en general. Hombre, hermana no, pero prima sí, pues somos allegados, la gente es encantadora como la de Noceda. Me siento bien, pero los inicios también fueron duros, aunque aquí tengo mi casa y yo me adapto a casi todo; cuando llegué aquí conocía a tres vecinas mayores que yo y poco más; también a mi hijo le costó mucho adaptarse con 12 años que tenía cuando nos vinimos. Me propusieron ser catequista,

acepté por supuesto, estuve dos años con los niños pequeños, fui vocal de la asociación de amas de casa de Lousame durante cuatro años, esto me sirvió para integrarme y conocer gente, hice unos cuantos cursos para trabajar en geriatría, me saqué el certificado de profesionalidad, que aquí en Galicia es obligatorio y equivale a un ciclo medio de FP. Soy auxiliar de geriatría, llevo 7 años trabajando en una residencia de ancianas, solo ancianas, y no es mucho pero me siento orgullosa de ser de Noceda del Bierzo y por supuesto bien, aunque mi hijo hace cinco años que está nuevamente en Suiza, pero está trabajando, está bien y muy contento ¿Qué más puedo pedir? Tengo un gran jardín, que es mi pasión y comparto pasatiempo o hobby con mi marido, que es el de montar a caballo, ¡ya veis, a mi edad! ¿Quién me lo iba a decir? Fanme sentir como unha celta máis ainda que non sexa irmá de Breogan.



Orgullo y pena

José Antonio González Rodríguez



Nació en Noceda en 1951. Hijo de José María González Álvarez y Anunciación Rodríguez Vega, nieto de José Rodríguez Álvarez, último alcalde republicano. Emigró a la Argentina en 1962, donde estudió y donde trabajó. En el año 2000 fundó, junto a otros familiares, AVISE (Asociación de Víctimas de la Impunidad Sin Esclarecer), una ONG que brinda asesoramiento legal y ayuda gratuita a familiares de diferentes delitos.

Noceda de Bierzo, enero de 1971

Querido hermano:

Apenas había terminado de leer la carta recibida, Francisco se dejó caer vencido sobre uno de los sillones que amueblaban su apartamento recientemente adquirido. Se sentía perturbado, impotente, y sus ojos brillosos daban evidencia de su contenida indignación. Leía y releía aquellos párrafos en busca de algún error, una posible malinterpretación que pudiera sacarlo de ese estado de incredulidad, que él mismo

se forjara; pero no, todo estaba demasiado claro, nada desmentía lo allí escrito. Dejó caer su cabeza sobre el respaldo del asiento, su mirada en la nada; manteniendo en su puño aquel maldito papel, soltó riendas al desahogo.

La nostalgia lo embargaba, los recuerdos lo invadían de forma desordenada e imprecisa. No le resultaba fácil hilvanar los hechos que su memoria le trazaba. Era imposible cotejar aquellos con esta realidad.

Afuera, el sol recalentaba el asfalto hasta convertirlo en una pasta espesa y

adherente, capaz de sorprender a algún desprevenido transeúnte. Ese sol era el mismo que alguna vez bronceó su piel en medio de los rastros, o lo hizo sudar en una trilla de trigo. Pero quizás no fuera así: porque a él le habían cambiado aquel sol por este nuevo, ya que, según su padre don Manuel, le sería más propicio.

-¿Te gustaría ir a la Argentina? -le había preguntado alguna vez-. Allá está el tío Pascual, quien te puede colocar en un colegio y hacer de ti un hombre de futuro...

Para Paco, así le decían, que estaba empezando su adolescencia, aquello

significaba la mejor de las propuestas y, desde ya, la aventura más esperada. No tardarían en saberlo los vecinos del pueblo y sus amigos, a quienes les había empezado a contar cómo era la Argentina: “allí vive un tío mío desde hace muchos años y dice que hay un río tan ancho que no se puede ver de una orilla a la otra, y que hay...”.

Ya los días de pastor con su rebaño de ovejas no le preocuparían más, ni los fríos invernales durante la cosecha de castañas, tampoco el temor a los lobos en aquellas noches de enero; todo eso quedaba para la historia, y, desde entonces, para sus padres y hermanos.



El Tigre, delta del Paraná

Paco esperaba ansioso el día de embarcarse rumbo a América, y ese día llegó. Lo acompañaban su padre y Evaristo, su hermano mayor. La mañana, en el puerto de Vigo, era destemplada y lluviosa. La despedida no fue fácil. Vio Paco cómo las lágrimas de su padre se deslizaban por la cara en desconocida actitud. No hubo llanto, sólo lágrimas; hasta que el último toque de sirena del buque indicaba que allí se separaban. Fue esa la primera vez que vio llorar a un hombre y la última que vio a su padre.

Contaba doce años cuando llegó a Buenos Aires. El tío Pascual era amable y había cumplido con su promesa de hacerle estudiar. La nueva escuela traía inconvenientes, materias desconocidas, pero también la posibilidad de hacer otros amigos; amigos con los que ya no hablaba sobre corderos



Puerto de Vigo

o nidos de pardal, sino que el tema principal consistía en hablar de España: Su España, que no era otra cosa que su Noceda del Bierzo. Se llenaba de orgullo cuando lo hacía; se podía pasar horas monologando sobre sus aventuras rurales, la carrera de cintas en la plaza de San Isidro, las corridas de toros, que jamás había presenciado, pero que decía conocer; de su Ponferradina que aquí nunca se sintió nombrar, motivo por el que alguna vez se enfadó con sus amigos que le objetaban las hazañas deportivas de dicha institución, a lo que él respondía con las campañas del Real o del Barça en su defensa del fútbol nacional.

Resultaba paradójico que, estando lejos de su tierra, supiera más cosas sobre ella que cuando la habitaba. La lejanía le despertaba ese interés. Paco se esforzaba por conocer nuevas noticias, estar al tanto de los acontecimientos, y esa costumbre la ha mantenido por siempre.

Últimamente se mostraba preocupado por la situación política y social, y era una preocupación nada banal, porque la sufría, la sentía en carne propia, como duele ver enfermo a un ser querido.

No encontraba explicación a los

sucesos que llegaban a su conocimiento; sus amigos de infancia le escribían cartas en las que no se ahorran insultos los unos con los otros por tener diferente opinión sobre éste o aquel candidato o partido. Paco, esto ya lo había conocido en el seno familiar como consecuencia fatal de aquella guerra pasada. No era esta la España que alguna vez soñó y que otras muchas defendió con su ímpetu juvenil. Sabía que cosas así pasaban en otras partes, que el odio y la intolerancia florecían por doquier, pero no aceptaba que ocurrieran en la tierra que le vio nacer. Ser español, para Paco, significaba algo más que haber nacido en España: era su orgullo, y que algunos ahora trataban de humillar.

Recordaba aquella vez que fue a solicitar un empleo, y el hombre que lo atendiera, al notar su acento, le preguntó si era español. “Sí, de León, del Bierzo”, respondió él. Pareció que tales datos eran suficientes; al día siguiente Paco empezaba su trabajo en aquel lugar. Sentía en ese momento que ser español era algo bueno, que le permitía abrir puertas sin ser conocido, y pensó en su tío Pascual y en tantos otros venidos a estas tierras mucho antes a realizar los trabajos que nadie elegía.

Tareas rudas, pesadas, pero llevadas a cabo con la humildad que te da la necesidad.

Esta situación le generaba cierta angustia por sus ancianos padres, quienes padecían tal como le contaban en sus cartas la misma tristeza, lo que motivó tomar la decisión de traerlos a Argentina. Ellos se habían quedado en la sola compañía de José, su hermano menor, que, siendo soltero, aún permanecía en el pueblo. Quizás por este motivo Paco sentía cierta predilección por él. Era José quien le escribía, y por el que se enteraba de las cosas del pueblo y la familia.

Por cierto, era también el autor de la carta que permanecía apretujada en las manos de Paco. Esa carta que jamás hubiera querido recibir, esa misma que transformó su orgullo en pena. En ella decía que su hermano Evaristo no estaba residiendo en Francia como alguna vez le comentara. También le informaba que su otro hermano Rogelio, quien militaba en el partido Comunista, había sufrido un atentado dejándolo mal herido. Decía también la carta: “nuestro padre no soportó la noticia y lo enterramos ayer. Evaristo está preso y acusado de ser al autor del atentado”, concluía.



¿Por qué no arden los montes de Suiza y sí los del Bierzo?

Valentín Carrera

ARRIBA LAS RAMAS. Las consecuencias de que la sociedad viva de espaldas al bosque.

Una cita académica (para impartir dos conferencias en la Universidad de Fribourg, sobre mi reciente viaje a la Antártida y sobre el viaje interior al Bierzo), me ha permitido gozar de la contemplación de un país cuyo paisaje emociona y enamora: Suiza.

Profundamente indignado por las oleadas de incendios que año tras año devastan Galicia y El Bierzo, y en especial por el reciente crimen ecológico contra la Tebaida, durante todo el viaje por Suiza no he podido apartar de mi mente la última estampa negra, cenicienta y humeante del Valle del Silencio, que había recorrido pocos días antes. A medida que la ventanilla del tren — limpio, puntual y silencioso— me iba mostrando el paisaje del lago Lemán y la espléndida postal de los Alpes, no dejaba de torturarme con una sola pre-

gunta, ¿por qué los bosques de Suiza no arden (y los de Galicia y El Bierzo sí)? Una explicación simple sería porque en Suiza no gobierna el Partido Popular, pero no me gustan las explicaciones simplonas, como algunas que culpan del desastre a un imbécil con una cerilla y mucho viento. En Suiza también hay mucho viento, imbéciles e incendiarios, pero el monte no arde... porque las autoridades y toda la sociedad se lo toman en serio.

Con o sin cerilla, el bosque arde cuando está abandonado, como los montes bercianos, ignorados por una



Lago Lemán (Ginebra)

Consejería de la Junta de Castilla y León cuyo titular debería estar procesado penalmente por presunta prevaricación y negligencia, además de las responsabilidades políticas que requieren su dimisión (o, dado que aquí no dimite nadie, su cese inmediato y ejemplar por el presidente Herrera), como habría ocurrido en Suiza y en cualquier país europeo no tercermundista.

Un tercio de Suiza son bosques. En los últimos veinte años han sufrido una media anual de 90 incendios y 374 hectáreas. El incendio de la Tebaida cuadruplica todos los bosques quemados en Suiza durante un año. Algo estaremos haciendo mal como sociedad y algo estarán haciendo mal nuestros gestores autonómicos y locales.

El bosque suizo es una inmensa fuente de riqueza sostenible (cuando se lee el Plan forestal que el Ayuntamiento de Ponferrada guardó en un cajón desde 2008, se ve el potencial económico que hemos desperdiciado). El bosque crea miles de puestos de trabajo: 6.223 empleos directos, la mayoría a tiempo completo, en mano de obra forestal (nuestras famosas brigadas); y más de 80.000 empleos en la industria de la madera. Los suizos consideran que la biodiver-

sidad de sus bosques —más de 26.000 especies— es más importante que plantar pinos y eucaliptos, monocultivo incendiario. Desde pequeños, los escolares y las familias van una vez por semana al bosque, hacen allí sus bañas y barbacoas, sin que pase nada. [Todos los datos en *La forêt suisse en bref*; y les invito a visitar la web www.lfi.ch, Inventario forestal nacional, para entender por qué los bosques suizos no arden].

Porque hay prevención diaria y permanente. Los bosques están limpios de maleza, no almacenan las toneladas de combustible que nuestros montes apilan en sus laderas. Porque la propia biodiversidad, frente al monocultivo eucaliptico o apocalíptico, frena e impide los incendios descontrolados. Tampoco es preciso ir a Suiza: estas cosas las supieron desde siempre nuestros abuelos, respetuosos con los bosques de acebos, robles, encinas, nogales y castaños. Créanme, es muy difícil quemar un bosque de acebos... Los bosques suizos no arden porque, además de la educación ciudadana, del sentimiento de pertenencia común o colectiva (¡Ubuntu!: si todos ganan, tú ganas), hay una vigilancia permanente. Una vigilancia seria y eficaz, no el paripé nuestro, sin medios ni recursos,



Valle del Silencio

con promesas de cámaras y patrullas, reiteradamente incumplidas.

Los bosques suizos no arden porque nos llevan trescientos años de adelanto —la democracia más antigua del mundo— y un alcalde al que se le quemaran mil hectáreas en su municipio sería inmediatamente expulsado; y ningún juez suizo osaría archivar, sin investigar, un delito ecológico de graves consecuencias económicas y ambientales. Contemplando el paisaje de postal entre Genève y Lausanne, entendí mejor, con envidia y con tristeza, por qué arde el bosque del Bierzo: porque llevamos

décadas sin prevención ni vigilancia, sin ningún planeamiento forestal, despreciando (como nuevos ricos paletos que somos) el aprovechamiento económico sostenible de nuestros montes, apostando por repoblaciones salvajes, devastadoras; porque ha habido una absoluta dejación de funciones desde la Junta de Castilla y León en el ejercicio de sus competencias; pero también porque la sociedad berciana, a diferencia de la suiza, vive de espaldas a nuestros bosques. Por eso esta sección grita, ¡Arriba las ramas!



Fútbol femenino en Noceda del Bierzo

Javier Arias Nogaledo

Por si alguien no lo sabía, aquí lo venimos a confirmar, en Noceda también se jugó al fútbol, en femenino. Con estas fotos certificamos dos cosas, que el pueblo y las chicas fueron unas adelantadas y la otra ¡ay! es que el tiempo es implacable, porque estas fotos tienen el suyo.

Un buen día alguien tuvo la feliz idea de cambiar el tradicional partido de solteros contra casados, en la festividad de San Roque, por uno de chicas. Había que renovarse, hacer algo diferente. Y

ese día fue el 16 de agosto de 1978, en concreto en la era de Los Campos, reconvertida en campo de fútbol, lo que viene siendo ahora la cooperativa de Gistredo y parte de la chopera.

Y ahí está una foto para la historia con el primer equipo de Noceda de chicas. De pie: Toni, Josefa, Mari Carmen, Rosi, Dori, Josefina y Doni y agachadas: Pili Llamas (ojo, con sólo 9 años), Pili, Mari Cruz (ambas fallecidas), Gelines y Virginia (protagonista de la entrevista de este número).



El rival, el potente combinado de Quintana de Fuseros, un equipo que se había constituido antes que el nuestro, según me cuentan.

Gran ambiente, mucha gente y ganas de ver piernas, qué todo hay que decirlo. Incluso el partido había sido anunciado por la radio en Bembibre, pues así se lo sugirió Mari Carmen a su responsable Rivera Merayo.

La crónica del partido –en opinión de Toño Arias-, fue de fútbol total, “tan pronto atacaban todas como defendían”, o sea que, como estamos a finales de los 70, cual si se tratara de la selección holandesa de Johan Cruyff: *La naranja mecánica*, pero en versión nocedense.

Después de 10 minutos en el campo, las futbolistas, a resultas del intenso calor y el ímpetu que le echaban, no paraban de beber agua. En este sentido hay una anécdota que le ocurrió a Doni, la de Antonio (Sicoro). Ella había visto entre el público al médico Don Manuel. Al poco tiempo de haber empezado el partido se sintió agotada de tanto correr y se tiró al suelo, sin aire. Cuando fueron a socorrerla sólo acertó a decir: “que venga el médico, que venga el médico”.

Finalmente el partido se lo acabaron llevando las chicas de Quintana,

con el resultado de 0-1, debido a un gol de penalti, a falta tan sólo de 10 minutos para el final.

Como en Noceda vamos sobrados de eras y *praos*, los partidos se llevaron a la era de Llamillas, donde también jugaban los mozos. Recuerdo perfectamente las porterías oficiales y sus redes blancas, el bar que montaron los de la discoteca Río Verde (toda una institución en aquella época), en fin, que se montaba un gran ambiente cada vez que había partido.

Los entrenamientos eran otra cosa, aunque se intentaban hacer un par de ellos durante la misma semana del partido, las chicas tenían que atender primero sus labores, por ejemplo, algo tan de pueblo como ir con las vacas, de manera que a los entrenamientos acudía la que podía.

No sabemos con exactitud durante cuántos años jugaron las aficionadas al fútbol, al menos un par de años, casi seguro. Al equipo se fueron sumando otras chicas. En esta foto de Llamillas, Noceda ganó a Villaverde de los Cestos con camisetas de patrocinio local: “Electrodomésticos Toribio”. En esa época eran entrenadas por David, el hijo de Antonio (Furil).

Lógicamente, nuestras jugadoras devolvieron su visita a Quintana y a



Villaverde. Como curiosidad, en alguna ocasión se trasladaron a los diversos pueblos en el “vehículo oficial”, que no era otro sino la mítica DKV de Avelino (Cachelo), la misma que utilizaba a diario Toni, la lechera y además delantero centro del equipo, para llevar las cántaras de leche a Bembibre, para su posterior venta.

Uno, que tuvo el gusto y el honor de ir varias veces en ella (una vez hasta

Ponferrada viajé con mi familia) no olvidaré jamás ese olor penetrante de la leche. Indescriptible.

¿Para cuándo un partido de chicas durante las fiestas, ahora que tenemos un polideportivo, un campo, vestuario y graderío, que están casi inutilizados? Y, ¿por qué nos parece que antes con menos se hacía más y lo pasábamos mejor?





Raquel Lanseros.
Poeta

2059

He imaginado siempre el día de mi muerte.
Incluso en la niñez, cuando no existe.
Soñaba un fin heroico de planetas en línea.
Cambiar por Rick mi puesto, quedarme en Casablanca
sumergirme en un lago junto a mi amante enfermo
caer como miliciana en una guerra
cuyo idioma no hablo.
Siempre quise una muerte a la altura de la vida.
Dos mil cincuenta y nueve.

Las flores nacen con la mitad de pétalos
ejércitos de zombis ocupan las aceras.
Los viejos somos muchos
somos tantos
que nuestro peso arquea la palabra futuro.
Cuentan que olemos mal, que somos egoístas
que abrazamos
con la presión exacta de un grillete.
Estoy sola en el cuarto.
Tengo ojos sepultados y movimientos lentos
como una tarde fría de domingo.
Dientes muy blancos adornan a estos hombres.
No sonríen ni amenazan: son estatuas.
Aprisionan mis húmeros quebradizos de anciana.
No va a doler, tranquila.
Igual que un animal acorralado
muerdo el aire, me opongo, forcejeo,
grito mil veces el nombre de mi madre.
Mi resistencia choca contra un silencio higiénico.
Hay excesiva luz y una jeringa llena.
Tenéis suerte, —mi extenuación aúlla—,
si estuviera mi madre
jamás permitiría que me hicierais esto.

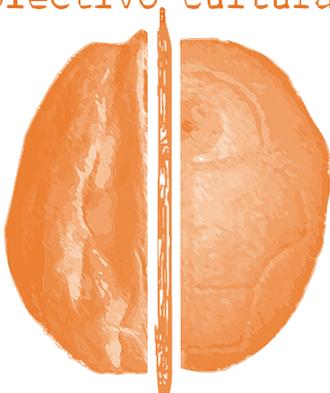


Café Bar Paco
C/ Arcos, 28
Tlf.: 987 517 158
24319 Noceda del Bierzo
(Paco)



Café Bar Las Chanas
Plaza de San Isidro, s/n
Tlf.: 628 935 827
24319 Noceda del Bierzo
(Laura y Tania)

Colectivo Cultural



LA IGUIADA

www.nocedadeldierzo.com



Peñalba
impresión, s.l.

Travesía Bellavista, s/n
24400 Ponferrada

Tfnos. 987 42 68 44 - Fax 987 40 99 12



DIPUTACIÓN
DE LEÓN



INSTITUTO
LEONÉS DE
CULTURA



AYUNTAMIENTO
DE NOCEDA
DEL BIERZO